

Poemas

Por Jaime Manrique Ardila¹

Cometas

En diciembre
arribaban
los vientos alisios.
Al atardecer
izaba cometas
en el Parque Recostadero
donde se reunían
los amantes de Barranquilla,
Armaba las cometas
con goma, varitas
de paleta y papel cebolla
de colores selváticos.

Los días
transcurrían raudos
como cometas
al viento.
Entrada la noche,
exhausto de correr
las lomas del Recostadero
yacía en mi lecho
con mis ojos abiertos
y soñaba con una cometa
que me transportara
hasta la luna sangrienta
del trópico

¹ Barranquilla (Colombia), 1949. Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus (1975) con el poemario *Los adoradores de la luna*. Ha publicado las novelas *Colombian Gold* (1983), *Latin Moon in Manhattan* (1992, *Luna latina en Manhattan*, Alfaguara, 2003) y *Twilight at the Equator* (1997). Es autor de los libros de poemas *Mi noche con Federico García Lorca* (1995), *Mi cuerpo y otros poemas* (1999) y del ensayo autobiográfico *Maricones eminentes* (Alfaguara, 2000). Ha trabajado como profesor en New York University, The New School for Social Research, Mount Holyoke College y Columbia University.

mientras abajo, en la tierra
donde yo vivía,
los glaciares
se derretían
los mares
se desbordaban
y el continente de África
ardía en llamas.

Carta a M. Elvira

Desde tu casa
en una colina
el Caribe fosforece
a tus pies.
Me preguntas cómo son
las noches invernales
en este pueblo congelado.
En las noches claras
desde el patio,
en honor tuyo,
bautizo las estrellas
cuyos nombres comienzan
con la misma vocal
de tu nombre:
Elisa, Edith, Eloiza, Elvira.

Esta noche
el viento sacude
velos de nieve en polvo
y me invade la sensación
de que ya escribí este poema.

¿Quién dice que el tiempo pasa?
El tiempo ni avanza ni retrocede
ni guarda memoria de los versos
que escribí hace años.
Las estrellas no están
ni más lejos ni más cerca.
Soy yo quien cada vez
estoy más lejos.

El tigre

No el tigre de Blake
de espantosa simetría
ni el tigre de Bengala
de Borges terror
de las riberas del Ganges.
Me refiero al tigre
de la finca de mi abuelo
adonde sólo los valientes
se atrevían. El tigre
sagrado y sangriento
de los mayas, el tigre
de colmillos como
dagas de alabastro,
devorador de becerros y doncellas.

“Se lo comió el tigre”
era la expresión que se usaba
para explicar la desaparición
de cualquier hombre o bestia.

Entrada la noche, el tigre
rugía en la selva
declarándose emperador de las sombras
dueño y señor de la jungla.
En el cuarto donde adultos
y niños dormíamos
en nuestras hamacas, todos
temblábamos de pavor
cuando la *panthera onca*
cantaba su canción
de muerte.

Si repentinamente
una tempestad de lunas ardientes
hubiese irrumpido por la ventana
cerrada, no me habría extrañado
pues nada me asombraba
en aquellos días de ese tigre
que aún me acecha.

